

## Carta abierta a Jesús Suevos

Nuestro querido amigo:

Madrid, dijiste tú en estas mismas páginas, es lo primero la capital de España. Y es cierto que la idea de la capitalidad ha sido tema fundamental, durante muchos años, en los planes de actuación municipales. España, país pobre en muchos sentidos, no lo es en cuanto a historia ni en cuanto a recursos históricos. Quizá por ello temamos los españoles que Madrid, ciudad joven, no exprese su papel de capital con suficiente empaque; con el empaque indudable de París, o Londres, o Roma. Con el empaque que tuvieron Valladolid o Toledo.

La capitalidad es importante. Si la capitalidad hay que expresarla, el ser capital obligará sin duda a una cierta línea de política urbanística. A una línea, parece evidente, de conservación histórica y de acentuación de las funciones representativas e institucionales. A una línea que implicara unos ciertos sacrificios, aunque Madrid sea, en muchos aspectos urbanísticos, una ciudad escasa y subdesarrollada.

Porque Madrid evoluciona, como tiene que evolucionar cualquier otra gran ciudad moderna. Madrid se enfrenta con una serie de nuevas necesidades de oficinas, de comercios, de alojamiento, de tráfico. Y Madrid se deshace de sus mezquinos recursos históricos para hacer frente a estas necesidades. Madrid, en aras de un mejor funcionamiento futuro—en el que no creemos—, está vendiendo su pobre capitalidad a Mammon. Madrid especula tristemente con lo poco que le queda de su poca Historia. Madrid va camino de convertirse en una ciudad como otra ciudad cualquiera.

Nos dicen que la actual estructura del paseo de la Castellana es anticuada, y que su ordenanza es absurda. Que es incompatible con las actuales necesidades. Que no debe resistirse a las presiones del mercado, puesto que el mercado no se equivoca. Y uno tras otro van cayendo los palacios de la Castellana, para dar paso a hoteles u oficinas de una u otra clase. No alegaremos razones técnicas, que serían sobradas, para combatir este proceso; no indicaremos que así se condena a la insuficiencia a la única vía que hoy ofrece movimiento razonable según la dirección Norte-Sur. Diremos simplemente que, al tiempo que esgrimimos la idea de la capitalidad, nos estamos deshaciendo de los edificios y lugares que hasta hoy habían expresado dicha idea.

Se nos dice entonces que lo que se está destruyendo no es realmente tan valioso. Los palacios de la Castellana, al fin, sólo son del diecinueve. Como si el valor histórico de un edificio fuera función directa de su edad. (Esta debe de ser la idea de quienes se escandalizan ante la posible destrucción de una mediocridad del diecisiete, mientras patrocinan el derribo del Mercado de la Cebada o del Cuartel del Conde-Duque.) Es penoso tener que aceptar lecciones, en esta disciplina de la conservación histórica, de países que han nacido anteayer; pero tal vez debiéramos hacer nuestra una máxima norteamericana que dice: "La Historia empieza hoy." Los europeos nos sonreímos ante Williamsburg o Lexington, sin darnos cuenta de que Avila fué joven, o de que el Seagram será viejo. Y si el Seagram es ya Historia, ¿cómo no va a serlo el palacio de Medinaceli?

Seamos consistentes con nosotros mismos. Dejemos en paz a la capitalidad, mientras sigamos destruyendo sus símbolos.

Como siempre, y con toda cordialidad, un fuerte abrazo.

*El Comité de Redacción.*